



### Primavera y santidad en Roma

La mañana del domingo *in albis*, 13 de abril, de este año de gracia de 1947 luce en Roma con toda la esplendorosa luminosidad de la primavera mediterránea.

Illuminado también de gozo primaveral nuestro espíritu, como uno de los innumerables peregrinos llegados de mil rincones del orbe, vamos atravesando presurosos la inmensa plaza de San Pedro, al filo de las diez, para ocupar puntualmente nuestro puesto en la basílica vaticana.

Vamos a presenciar la proclamación triunfal de las virtudes de un sabio profesor universitario, Conrado Ferrini, muerto aún no hace cuarenta y cinco años y nacido hace, exactamente, ochenta y ocho.

Si hoy—admitamos la hipótesis—Conrado Ferrini hubiese estado entre nosotros, le habríamos visto como un anciano venerable, de frente despejada y ojos claros, velados, quizá, de dulce melancolía. La espalda un tanto cargada, no sólo por el peso de los años, sino por el hábito tenaz de inclinarse sobre manuscritos de difícil lectura, pero dejando ver todavía, bajo el yugo de la edad, un cuerpo avezado a difíciles ascensiones alpinas, de tal modo, que ese bastón en que sostendría el cuerpo ya cansado, tendría no poco de bordón montañero.

Más Conrado Ferrini, para gloria de Dios y ayuda nuestra, está

